



Traducir también es arriesgar

Maite Solana

Directora de la Casa del Traductor, Tarazona (Zaragoza, España)

Uno de los principales dilemas a los que nos enfrentamos los traductores cuando tenemos que traducir la obra de un autor consagrado, del que ya existen una o varias traducciones, o un texto que pertenece a una disciplina con determinados términos y expresiones de algún modo ya fijados en la lengua a la que traducimos es decidir si vamos a mantener la terminología al uso. Es decir, si en el caso de términos claramente mal traducidos —o traducidos con muy poca fortuna, aunque no necesariamente erróneos— vamos a arriesgarnos proponiendo nuevas soluciones de traducción. Me refiero, en general, a términos de disciplinas como el psicoanálisis, la psicología, la sociología, la filosofía, la física, etc., que muchas veces aparecen salpicadas con términos mal traducidos, que añaden o eliminan significados, pero que se han fijado en el corpus de la cultura porque fueron traducidos de ese modo la primera vez y ya nadie se atreve a tocarlos. La excusa, a veces, es que retraducir algunos términos puede aumentar la confusión en vez de contribuir a disiparla, o que cambiarle el título a una obra clásica puede engañar al lector, al pensar éste que, bajo el nuevo título, está adquiriendo también una obra distinta. Una especie de sacralidad que los convierte en inmutables parece impregnar algunos textos, incluso cuando se trata de textos traducidos.

La decisión no es fácil, porque es muy probable que, al principio, críticos y lectores alcen voces en contra del traductor y consideren un error de traducción lo que, en cambio, es una muestra de profesionalidad. Resulta curioso lo reticentes que somos a veces al cambio, aun cuando se trata de introducir mejoras o deshacer errores. En los casos en los que finalmente el traductor se arriesga a optar por una nueva solución, cuando el editor está también de acuerdo, el traductor suele suplicar al editor que le permita poner en el libro una nota de traducción con la que justificar sus decisiones y cubrirse de este modo las espaldas frente a las futuras —y muy probables— críticas.

Creo que los traductores debemos luchar contra esta tendencia conservadora que no lleva a ninguna parte y afrontar con valentía este tipo de retos cuando se nos presentan. No se trata de hacer piruetas y estar constantemente retraduciendo todo, buscándole siempre los tres pies al gato, porque es cierto que tenemos que manejar una terminología fijada, sobre todo en determinados campos de conocimiento, para poder entendernos y acotar de qué estamos hablando. Sin embargo, en el caso de disciplinas que, como el psicoanálisis y en general las relacionadas con la psicología, se han traducido con bastante poca fortuna —y no sólo en castellano—, merecería la pena hacer el esfuerzo de intentar devolver a los textos originales su (supuesto) sentido primigenio y su (supuesta) fuerza original. Por eso creo que hay que animar y felicitar a los traductores que se arriesgan a recibir aluviones de críticas y reproches por ser, precisamente, buenos profesionales

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).